

es milagro patente si no recibe la hospitalaria cárcel de Villa algún nuevo inquilino, que lo era antes de una casa de vecindad, y el Hospital general algún herido, de navaja por de contado, ó algún cadáver, que ocupe después durante dos días la capilla pública. De ahí salen en los días de conmociones populares esos patriotas que, si triunfa la revolución, y no han muerto en la lucha, vuelven á quedar tan desconocidos y miserables como antes, y si la revolución sucumbe, pasan por el duro trance de ser presos, y hallarse algunas horas, por lo menos, entre la vida y la muerte, en la incertidumbre de si serán perdonados ó castigados.

Hay personas que envidian,—lo dicen por lo menos,—la suerte de los hombres del pueblo bajo, porque suponen que no discurren, ni tienen grandes necesidades, ni ambición de fortuna, ni recorren el camino en que se encuentran las defecciones y los desengaños, y tienen,—perdonen Vds. lo prosáico de este capítulo,—por único amigo el vino, que les hace olvidar la infidelidad de una mujer, ó lo precario de su peculio, y con el contenido de una botella en el cuerpo, cobran valor para afrontar todos los peligros, y una inmensa superioridad sobre los que se ríen de ellos, y quizá los compadecen al verlos dando tumbos por esas calles, y abrazándose á los guardacantones, como si éstos fueran peregrinas criaturas del sexo bello.

Los que dicen que envidian á estas gentes, no han visto sus casas, no han conocido sus vicios, no han podido apreciar el rencor que les inspiran los hombres de diversa condición, no han comprendido cómo aleja al hombre de todo bien, cómo le envilece la falta de dignidad personal y el convencimiento de su pequeñez. Para halagar al pueblo bajo, hay que halagar sus pasiones; hay que ponerle en pugna con la sociedad, porque él oye y sigue á quien le habla este lenguaje; pero, ¡cuán pocos siguen á quien les habla el lenguaje de la verdad, de la virtud y el trabajo! Habladle bien del poderoso, y si tenéis elocuencia bastante y le subyuga vuestra palabra, os escuchará en silencio; pero habladle de que el poderoso lo es usurpándole sus derechos, y á costa suya, y él os pasará en triunfo, si se lo permiten. Por todo esto son más dignos de admiración y respeto esos hombres que, nacidos en la clase más ínfima, han llegado con animoso espíritu á ser hombres de ciencia y virtud, grandes poetas, eminentes artistas. Para recorrer el camino que les ha llevado á ocupar en la sociedad un puesto superior al de la generalidad, han tenido que sostener una empeñada lucha con los suyos para combatir los vicios, las preocupaciones y los rencores que les dominan, y abrirse paso por entre los desdenes y las preocupaciones también de la sociedad que forma aparte de lo que se llama pueblo.

Y es que en el mundo, lo mismo entre los pobres que entre los ricos, entre los grandes que entre los pequeños, no se practica el sublime precepto que he citado, y que basta á reconocer como la mejor y la más santa la doctrina de Jesucristo: ¡Ama á tu prójimo como á tí mismo!

Pero basta de reflexiones que están en la conciencia de todos, y que, repetidas por mí, no han de conducir seguramente al buen resultado de hacer al mundo mejor de lo que es.

Inspiraba efectivamente profunda compasión, ya que no espanto, el aspecto de las cuatro paredes que servían de albergue á aquellas dos pobres y virtuosas mujeres, que habían gozado en los primeros años de su vida todas las comodidades apetecibles, y de repente se vieron reducidas á prescindir de esas comodidades ó á obtenerlas á un precio vergonzoso. Y la mayor de las dos hermanas, sin saber quizá que era un mérito grande su resolución de vivir pobre y obscura, la adoptó, porque su instinto, no su conocimiento de mundo, le decía que aquel camino en que entraba, estrecho, penoso y lleno de peligros y dificultades, conducía á mejor término que el llano abierto camino de la deshonor, en que se extravían tantas mujeres, conducidas por los hombres, que tan mal cumplen su honrosa misión de ser en el mundo apoyo y amparo de la mujer, de quien nacen, y que está destinada á ser su compañera.

Cuatro sillas, un cofre y una mesa sobre la cual se veía un Jesucristo y una virgen del Carmen, de talla, y en una alcoba sin puerta, oculta por una cortina, un colchón sobre un catre, donde descansaban del trabajo las dos hermanas: este era todo el mueblaje de aquella habitación sombría, húmeda, triste y oscura como una prisión.

Carmen y su hermana no se trataban con los vecinos, no tomaban parte en la chismografía del patio, ni se atrevían á intervenir en las continuas reyertas que á toda hora ocurrían en la vecindad, ni participaban jamás de los festejos que se improvisaban en el patio ó en la calle, para celebrar á Todos los Santos, ó á San Isidro bendito, ó la boda de algún inquilino, etc., etc.; pero siempre que alguno de los vecinos se hallaba enfermo y abandonado, allá iban las dos á cuidarle y á demostrarle que no está completamente olvidado en el mundo el precepto de la doctrina de Jesús; siempre que alguno no podía pagar el domingo al administrador de la casa, que se presentaba á cobrar los alquileres, ellas eran las que templaban el enojo del delegado del casero, si lo exiguo de sus recursos no les permitía adelantar al inquilino moroso la cantidad necesaria para evitar que fuese arrojado á la calle como un perro vagabundo.

Así es, que entre aquella gente que siempre se hallaba en guerra, solamente las dos herma-

nas tenían el privilegio de ser respetadas y tenidas en buena opinión. Allí moraban hombres viciosos, y de allí habían salido grandes criminales, y las dos débiles criaturas vivían entre ellos sin que ninguno fuera osado á poner la intención en ellas, sin que ellas tuvieran necesidad de precaución alguna, más seguras que si hubieran vivido en el centro de Madrid, y alejadas de aquella gente tan evidentemente *non sancta*. El día que yo entré por primera vez en aquella casa, una de las vecinas, madre abandonada de dos tiernas criaturas, fué repentinamente atacada de un accidente epiléptico y cayó sobre las piedras del patio, golpeándose, en horrible convulsión. Ellas y yo acudimos á sostenerla para evitarle los golpes, en tanto que otra vecina fué á avisar á un médico, que, no sé si sabia ó caprichosamente, la recetó una sangría; cuando la enferma recobró el sentido, se le dijo lo que había dispuesto el Galeno, y la infeliz, con una triste sonrisa, exclamó:

— ¡Si no tengo siquiera para alumbrarme!

Sin embargo, el sangrador vino é hizo la sangría, Carmen le dió los únicos seis reales con que contaba para comer el día siguiente, que debía cobrar el precio de su trabajo de toda la semana. Su jornal cobrado el sábado sólo alcanzaba á satisfacer sus necesidades hasta el sábado siguiente.

VIII

LA COSTURERA.—MUCHA PROSA

Dispéñseme el lector de esta verídica narración, si soy en ocasiones demasiado prolijo y hasta difuso. Nos place tanto recordar las épocas, los sitios y las personas que han sido para nosotros breves, como felices, paréntesis en nuestra vida agitada, inquieta é insegura, que el lector, trayendo también á su memoria el recuerdo de sus días dichosos,—que todos, hasta el más abandonado, los tiene en la vida,—nosólo me perdonará de buen grado, si no que se holgará de ver que no soy ingrato. Tantas amarguras hallamos en el camino de la vida, que necesariamente hemos de mostrarnos agradecidos á los que vinieron á endulzarlas ó á hacérselas olvidar.

En aquella pobre casa gocé placer verdadero, como del espíritu, placer que no me aturdí, ni me enloquecía, placer tranquilo, sosegado y puro:—que lo es, y muy grande, la contemplación de la virtud y la modestia, de la fe y la resignación, y de esa pobreza que al mismo

tiempo que nos priva de toda comodidad material, da á nuestra alma la confianza, la energía, la tranquilidad de que suele carecer el poderoso, y la eleva á Dios, que, como sabia y sencillamente dice el Catecismo, es principio y fin de todas las cosas.

Carmen era pobre, muy pobre, tanto que no tenía otro arbitrio que el trabajo de sus manos, mezquinamente recompensado; sus padres habían sido ricos y ocupado una posición principal en la sociedad: ella debía haberlo sido también; pero un pleito habido con un hermano suyo, de madre, había desposeído á las huérfanas de una fortuna considerable, que aquél derrochó en tres ó cuatro años, viniendo á quedar tan abandonado de Dios, de los hombres y de sí mismo, que en vez de aplicarse al trabajo, en vez de ganar el pan con el sudor de su frente, la noche que perdió su última onza, puso fin por medio de un pistoletazo á su mezquina existencia.

La justicia infalible de Dios advierte así de sus errores á la justicia, no siempre impecable, de los hombres.

Y Carmen se resignó, no sólo á ser pobre, sino á servir de madre á su hermana, que era una niña, y no salió, no ya de su corazón, sino ni siquiera de su boca, una sola queja contra los jueces que la condenaban injustamente á la miseria.

Era que tenía tan profundo respeto á la Providencia, tan íntimo convencimiento de la grandeza de quien hizo el mundo, y de la pequeñez de quien lo ocupa, que no cabía en su pensamiento ni la idea de suponerse con derecho á quejarse de su desgracia, de Dios, á quien tenía mucho que agradecer con sólo tener un rincón de tierra donde vivir, y una inteligencia bastante á procurarse medios de sostener su vida.

Y sin embargo, si aquella pobre mujer hubiese caído enferma, y la enfermedad hubiera sido larga y penosa, toda su esperanza sería un lecho en un hospital para ella, y un lugar en un asilo de beneficencia para su hermana. Todos los días me hablaba de este temor, el único que la entristecía, pero siempre acababa por hacer justicia á la misericordia del Ser Supremo, y tranquilizarse, con la esperanza de que, si le enviaba aquella tribulación, también le enviaría los consuelos de la caridad, y la fuerza suficiente para no desconfiar de su infinita bondad.

Y siempre que su hermana, niña inocente é irreflexiva, le observaba que su posición era la más triste, la más desesperada, ella, sin reprenderla, sin contradecirla, le hacía observar á su vez que no era tan grande su infortunio comparado con el de una señora muy rica á quien ellas conocían, y que llevaba diez años postrada en el lecho paralítica; con el de otra señora, casa-

da con un hombre que le había perdido una fortuna en el juego, y que tenía un hijo, completamente abandonado por su padre, y entregado á todo género de excesos; con el de otra mujer que, con dos niños gemelos, había tenido que enviar á la Inclusa el uno para que no murieran los dos, á quienes ella sola no podía alimentar, y con el de un pobre padre que, viendo morir de hambre á sus hijos y á su madre anciana, había salido en una noche de desesperación á robar á un caballero, que le apresó y le condujo á la cárcel, de la que salió para un presidio, en tanto que sus hijos y su madre esperaban su vuelta de aquel lugar de infamia en el asilo de San Bernardino.

Y concluía dando gracias á Dios por su escasa fortuna, por su honrada pobreza, y suplicándole encarecidamente que siempre se la conservara.

¡Y los hombres que tenemos lo necesario nos quejamos de Dios á veces, porque nos falta lo supérfluo!

¡Y somos enemigos de quien tiene más que nosotros, y envidiamos quizá las riquezas que alguno adquirió, no legítima y trabajosamente, sino por engaño, por hurto impune, que también hay impunidad para muchos que viven de lo ajeno!

¡Y nos creemos en la mayor desgracia cuando nos falta un traje, ó la fortuna nos tuerce

un capricho cualquiera que pensábamos realizar!

¡Y gastamos nuestra inteligencia en inventar modos de destruirnos unos á otros, é imaginar intrigas y astucias para ocupar cada cual el puesto que no le corresponde!

¡Ah! la miseria, resultado del vicio ó de la indolencia, es una cosa horrible; es una vida de eterno tormento, de remordimiento eterno; pero la pobreza honrada y virtuosa, es la vida de la tranquilidad, de la bienaventuranza.

Y es que no consiste nuestra desgracia en ser pobres y humildes; consiste en que nos mortifica que haya quienes todo lo tienen sobrado y de nada carecen.

La enemistad que reina entre los hombres, la envidia que tan cordialmente nos profesamos, es respecto de Dios, que nos hizo hermanos, la más monstruosa de las ingratitudes.

¡Y nosotros los hombres tomamos el nombre de Dios para todas nuestras empresas; lo tomamos para hacernos la guerra y destrozarnos en los campos de batalla; lo tomamos, hasta para patrocinar ideas políticas, cuyos principios podrán ser buenos, si se quiere, pero cuyos fines no son otros que nuestro engrandecimiento individual, y nuestra superioridad sobre los que disienten de nuestra doctrina, sobre los que como nosotros quieren labrar su propia fortuna, mintiendo pretender labrar la de los pueblos!

Pero me olvido de que estoy en el obscuro piso bajo de una hedionda casa de vecindad, y pretendo elevarme á unas alturas de las que se suele caer con grande estrépito, y con no poca algazara de nuestros hermanos, que siempre están dispuestos á abrir la boca para reírse á carcajadas del pobre que cae, y tenerla abierta,—de admiración,—viendo al que sube y esperando verle bajar luego para saludarle como á su antecesor.

Dejo, pues, las alas que tomé,—que en la vida no debe caminarsé al vuelo, sino con gran mesura, y poniendo antes, como aquel filósofo, el bastón en el sitio donde se ha de poner el pie, para asegurarse de la solidez del terreno,—y vuelvo á mi costurera, aunque el lector se enfade y aunque las del gremio alegres y alocadas por demás, oyendo esta narración, levanten un momento los ojos de la labor y se mi-

habían de sospechar esas lindas,—ante nada se pierde,—esclavas de la dedal, que había una sola entre ellas corría á los bailes de *sociedad* ó de más dicho sea de paso, tan perjudicialo, son y serán? ¿Cómo habían de la tierra daba abrigo á una indigna que no tenía un mozo rubio que la es-

¿Cuándo por ser ga aguja y de que no con caras, que les han si creer que costurera

perase en la esquina á la hora de salir del taller, y con protestas de acendrado amor, y reclamaciones de pago del mismo amor, la acompañase hasta cerca de la casa paterna, y no hasta la puerta, por temor de ser objeto de la curiosidad de una madre con el colmillo retorcido, ó de un padre conocedor de la fragilidad del bello sexo y de la travesura de los lindos de la época, capaces de... no ya de conquistar el corazón blando de una niña de dieciocho abriles, sino hasta el duro y *encallecido* de la viuda más cotorrona del inmenso repertorio de las que no podrían resistir la viudez si no las consolara la viudedad?...

Aunque se lo hubieran dicho hablado, cantado y rezado, no habrían podido imaginar que una costurera no se ocupaba en murmurar de las demás, ni en adiestrarse en la polka y las habaneras, ni siquiera en tararear, cosiendo, la música de la danza más gachona y voluptuosa de las compuestas por uno de esos directores de orquesta de baile, que son árbitros de los pies de la concurrencia, y cómplices, inocentes hasta cierto punto, de no pocos tropezones que suele dar la que baila mejor, aunque esto parezca un contrasentido, y de no pocos lazos que se estrechan tanto, que se hacen á la fin nudos, y no pueden desatarse luego, si no se corta por lo sano, y de los que son consecuencia precisa tantos infortunios y tantas tristes historias.

Pues sí, hermosas de mi alma; yo he conocido una costurera que no bailaba, ni tenía novio, ni murmuraba, ni tropezaba, ni en su vida se había puesto la careta que ustedes se ponen en septiembre y no dejan hasta marzo, con objeto de embromar á los que las conocen, y de admitir los galanteos de los que no las conocen, y ya la tostada con café, ya la ración de jamón dulce, ya cualquier otro de los varios y nada delicados manjares que se sirven en los *ambigús* de los bailes por especuladores que hacen su pacotilla á fuerza de cólicos, indigestiones y otros males que sufre por su culpa el ilustrado público.

Y ella, que carecía de todo aquello de que ustedes no pueden prescindir, vivía mucho más tranquila, mucho más feliz que ustedes, y su belleza no la marchitaban las emociones del baile, ni el insomnio, ni la impaciencia, ni la incertidumbre, y los domingos no estaba como ustedes ocupada en lavar y planchar el vestidito más presentable, ni en coser lunas, soles y estrellas doradas en el pañuelo para disfrazarse por la noche, ni en almidonar las enaguas hasta ponerlas tan duras como de cartón, ni se preocupaba de fútiles adornos, ni había para ella ninguno tan preciado como una rosa en sus cabellos, una rosa tan bella y tan pura como ella.

El domingo iba á misa, tempranito, de cualquier modo, porque nadie tenía que verla, y á nadie tenía que ver; y luego limpiaba su habi-

tación, y luego se vestía decentemente, y con su hermana salía á dar un paseo por fuera de puertas, ó á sentarse en la fuente de Neptuno, y antes de que obscureciera volvían á casa, y, si las seguía algún moscón, diciendo cuatro ó más tonterías, ellas aligeraban el paso, y el otro, como si hablase con la pared, y si el pobre tenía valor suficiente para llegar hasta la extraviada callejuela donde vivían, no les importaba maldita la cosa, porque en llegando sacaba Carmen la llave, abría su puerta, entraban, y la cerraba en seguida, y el D. Diego de noche allí se quedaba más corrido que una mona, y no faltaba en la vecindad de enfrente quien le viera, y le dirigiera alguna que otra pulla, si es que no se juntaban los chicos que por allí andaban jugando á los soldados, y me lo traían hasta cerca de la Puerta del Sol dándole matraca; y si el mozo era terco, y todos los días se daba una vuelta por delante de la casa, se molestaba en vano, y el zapatero que le calzaba era el que se ponía las botas con aquellos paseos, porque con lo largo del camino y el empedrado de aquellas maldecidas calles, las del lindo se echaban á reír que era un gusto.

IX

REFLEXIONES OPORTUNAS, Ó INOPORTUNAS, COMO QUIERA EL LECTOR

Para mí era una necesidad ir á ver todos los días á mis costureras, y paréceme que también lo era para César, mi perro, que en poco tiempo aprendió tan perfectamente el camino que conducía á la casa, que apenas se veía en el portal de la nuestra, tomaba aquella dirección, sin volver atrás la vista, y como queriendo indicarme que el camino que él me señalaba, y no otro, era el camino del bien.

Y cuando estábamos en la mitad del camino, se adelantaba alegremente para advertir de mi próxima llegada á las dos hermanas, que le recibían, como quien dice, con los brazos abiertos y le prodigaban caricias, á que él se mostraba muy agradecido.

Y luego allí, ellas cosían, y el perro y yo las mirábamos con la boca abierta, de admiración yo, y de calor el animal. Nuestra conversación era por extremo inocente; hablábamos de las buenas prendas que distinguían al perro, de la manera cómo distribuirían ellas el dine-

ro, en el caso improbable de poseerlo, de lo poco productivo del trabajo de la mujer, y muchas veces de mi madre y de mi hermana ausentes.

Si en una sociedad del buen tono me hubiera atrevido á hablar de mi madre, de la pobre aldeana, que nunca había visto más mundo que su reducida aldea, y de los sencillos usos y saludables costumbres de aquellos naturales, pareceme que la gente *comm'il faut*, los infinitos *esprits forts* del gran mundo me hubieran tenido por un pobrecito y se habrían reído de mi delicioso candor y singular inocencia.

Carmen y su hermana no sólo no se reían, sino que oían con grande interés y con visible satisfacción el prolijo relato que yo les hacía de mi infancia, de los cuidados de mi madre, de mis enfermedades, de mis viajes, etc., etc. Y cuando les refería algunos de esos episodios, que todos tenemos en la vida, menos los desdichados hijos de desconocidos padres, en que mi madre había hecho sacrificios por mí, en que por mí había expuesto su vida y su fortuna, ellas también, al ver desprenderse de mis ojos la más dulce de las lágrimas, lloraban como yo, y unida con la mía, enviaban su bendición á mi buena, á mi santa madre.

¡Desgraciados los hijos que no han conocido á sus madres! Por grandes, por poderosos que lleguen á ser, siempre tendrán algo que envi-

diar al hombre más abyecto y miserable, que, en medio de sus tribulaciones, y despreciado y abandonado de todos, tiene una madre, en cuyos brazos puede llorar, y en quien siempre hallará amor y consuelo. ¡Desgraciadas las madres que no conocen á sus hijos! Para ellas no puede haber paz ni alegría; el vicio les abrirá sus brazos, pero no les concederá la virtud sus puros placeres.

Del hombre que en medio del camino del vicio se acuerda de su madre, y se detiene un momento, aunque la influencia del mal le arrastre después otra vez, puede esperarse todavía algo bueno; puede esperarse que se enmiende y se convierta; pero del hipócrita que goza holgada vida, y guarda avaro sus riquezas, y se las niega á su madre, que carece de todo, no esperéis nada, nada que no sea en contra de vosotros; temedle, lo mismo que al asesino que en medio de la obscuridad, y después que ha pasado á vuestro lado, se vuelve para heriros por la espalda.

Quizá el lector no estará dispuesto á creer, juzgando por sí mismo á los demás, que sustenta la tierra hombres capaces de poner en olvido el amor de su madre; pero aunque le produzca disgusto el desencanto, debo decirle que hay en la sociedad moderna muchos ejemplos de ese crimen, — que bien merece esa calificación la ingratitud de un hijo para con su madre, — aun-

que la ley no lo castigue, como no castiga otros muchos verdaderos crímenes que se cometen por personas consideradas en la sociedad, á quienes estrechamos la mano, á quienes no se inhabilita para cargos públicos, á pesar de que lógicamente pudiera suponerse que no puede ser bueno en su vida pública quien no lo es en su vida privada.

Las víctimas de estas gentes no encuentran otro desagravio que la infalible y recta justicia de Dios.

Carmen y su hermana venían á ganar entre las dos, ocho reales diarios, pero trabajando asiduamente desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche.

Los hombres, que debemos amparar á la mujer, hemos concluído hasta por hacer casi infecundo su trabajo; hay algunas ocupaciones á que las mujeres podrían dedicarse, pero nosotros se las hemos usurpado, dejándolas reducidas á unos cuantos oficios, que apenas les proporcionan lo suficiente para vivir en la escasez.

Cuando se considera lo poco productivo del trabajo de la mujer, no causa tanta extrañeza el excesivo número de mujeres extraviadas que infestan las grandes poblaciones.

Parece como que el hombre, para arrastrarlas al vicio, empieza por limitarles todo lo más posible los medios de vivir honrada y tranquilamente.

Así es que para mí es digna de la mayor consideración, del más profundo respeto, la mujer que, en medio de la escasez, y sin más recursos que los cada vez más limitados de su trabajo, ve, si no con indiferencia, sin envidia á lo menos, el lujo de otras mujeres, no presta oídos á la seducción, que con tantos y tan poderosos medios de persuasión cuenta en la sociedad en que vivimos.

Carmen también había sido objeto de las asechanzas del vicio; también ella, como todas las mujeres solas en el mundo, había hallado en su camino esos hombres, á quienes parece que, como al diablo la cruz, espanta la virtud, pues con tanto afán y por tan reprobados medios se dedican á combatirla.

Aunque parezcan por demás extrañas mis ideas sobre este punto, ¿por qué no había de haber una especie de policía, pero de gente honrada, que no tuviera otro empleo que dedicarse á la persecución de los que se dedican á perseguir á toda mujer sola y honesta?

Entonces verían con asombro, detenidos á lo mejor en la calle, á muchos amigos de ustedes, á quienes ven ahora detrás siempre de alguna mujer; entonces sabrían ustedes con sorpresa que habían sido puestos á buen recaudo algún prestamista, á quien acudió una huérfana en demanda de una cantidad prestada con un interés exorbitante, algún señorito que se había

dedicado á hacer el amor á la infeliz costurera de su casa, alguno que otro jefe de policía, y en fin, muchos que ahora les parecen á ustedes muy cumplidos caballeros, incapaces de la menor acción liviana, y hasta grandes moralistas y consumados filósofos.

Y, vean ustedes lo que son las cosas, si yo me atreviera á citar algún nombre de personas de esa clase, á quienes conocí en la época en que escribo, es seguro que el aludido acudiría á los tribunales, y es posible también que el ofendido, y el juez que me condenara, y todos los que tuviesen conocimiento del asunto, tuvieran también la conciencia de que mi dicho no era una calumnia infame, sino una verdad reconocida. No es nada consolador escribir ó leer estas verdades; pero lo son, y no deben ocultarse.

Cada uno, en esta sociedad, es lo que dice, y muy pocos dicen lo que son; cuando se oye hablar de severa moralidad al más vicioso, y del amor de la familia á quien vive separado de la suya, abandonada tal vez, y de caridad á quien no da una limosna sino cuando se publica el donativo, y se le aplaude y celebra, no hay más que hacer que encogerse de hombros y seguir cada cual su camino, sin detenerse en la contemplación de tantas falsedades, de tantas miserias, que desalientan nuestro espíritu y hacen vacilar nuestra fe.

Y yo, siguiendo mi propio consejo, no me de-

tengo más en semejantes reflexiones, y continúo esta narración de los recuerdos de mi juventud.

Cuando menos lo pensaba tuve que alejarme de aquellas pobres costureras, á los siete ú ocho meses de haber ido por primera vez á aquella sombría casa; mi madre se hallaba gravemente enferma, y la buena anciana no quería morir sin abrazar á su hijo. Me despedí de mis amigas, á quienes dejé mi íntimo amigo, el perro, y me puse en camino la misma tarde del día en que recibí la triste noticia.

X

LA DONCELLA DEL PISO SEGUNDO, UN FRANCÉS Y YO

¡Qué largo es el camino más corto cuando nos espera una madre moribunda!

En no recuerdo qué pueblo se detenía el carruaje media hora; ¡qué media hora de angustia para mí, que deseaba estar á la cabecera del lecho de mi madre! Era tal mi impaciencia, que hasta llegué á suplicar á los conductores de la diligencia que hiciéramos, sin detenernos, las sesenta leguas que nos faltaban, porque mi madre se estaba muriendo.

Prometiéronme detenerse lo menos posible, y trataron de tranquilizarme, aunque en vano; por fin, volvió á moverse aquella pesada mole, y adelantamos algunas leguas; pero la noche era muy obscura, y los conductores no querían precipitarse y precipitarnos; refrenaban el galope de las caballerías y las detenían de cuando en cuando para poder reconocer el terreno; todo se conjuraba contra mí y contra mi pobre madre; hasta había la desastrosa circunstancia de ser aquel el primer viaje que por aquellos sitios

hacía el mayoral, que hasta entonces había servido á otra empresa de diligencias.

Yo, que ocupaba la berlina, acompañado de un escritor francés, que viajaba para publicar después sus impresiones, gritaba al mayoral que mi madre se moría; pero á él no le importaba tanto esa desgracia como la salud del ganado, y la probable eventualidad de que el carruaje con su contenido se despeñara y él quedara inútil para el servicio.

Y á todo esto, el francés, que no sabía hablar en español, no hacía más que dirigirme preguntas sobre los usos y costumbres que tenemos en España, sobre los personajes más notables y sobre otra porción de cosas, muy interesantes sin duda, pero que en aquellos momentos me tenían completamente sin cuidado. Así caminamos hasta una hora antes de la aurora; el francés se había quedado dormido y soñaba seguramente que se hallaba mejor acompañado, porque no hacía más que murmurar: *¡Mariette! ¡Ma belle!... ¡Mon amour!* con lo cual pueden ustedes suponer que iría yo muy divertido.

En otras circunstancias hubiérame parecido muy cómodo un viaje en tan honrada compañía, pero entonces padecía un tormento inexplicable, una angustia de que sólo puede formarse idea el que haya visto en peligro la vida de su madre.

Volvimos á detenernos para mudar tiros y al-

morzar; el francés se despertó, y por el gesto que hizo y una palabrota que soltó en su idioma, comprendí que no le gustó gran cosa hallarse conmigo. Incontinenti sacó un libro de memorias y escribió con lápiz algunos renglones, anotando quizás en aquel momento la primera impresión de su viaje; después hizo que le abrieran la portezuela, y bajó gravemente, con objeto, según todos los indicios, de almorzar.

Yo no dejé mi asiento; allí quedé solo, rezando por mi pobre madre, hasta que volvieron los viajeros á ocupar sus puestos y á ponerse en movimiento el carruaje.

El francés parecía más resignado, y volvió á preguntarme, por más que yo le contestaba groseramente tal vez, sobre todo lo que veía y sobre los usos y costumbres de los españoles, y hasta sobre cuestiones políticas de grande importancia; pero de pronto sentimos una violenta sacudida, y el francés cayó sobre mí, y ambos sobre el cristal de la portezuela, y á esto siguió un horrible estrépito.

El coche había volcado, y los viajeros, unos habían recibido contusiones más ó menos graves, y otros nada más que el susto consiguiente.

El mayoral, que hacía aquel viaje por primera vez, yacía en medio del camino, destrozado el rostro por las herraduras de los caballos, y con el pecho aplastado por una rueda; nos acer-

camos el francés y yo, y aquel infeliz había dejado de existir.

Uno de los viajeros fué á dar cuenta de lo ocurrido al puesto de guardias civiles más próximo, y los demás quedamos allí profundamente afectados por la desgracia del pobre mayoral.

Entre los viajeros había una mujer modestamente vestida, de buen aire, cubierto el rostro con un velo, y la cual parecía mirarme fijamente.

Aquella mujer se descubrió cuando llegaron los guardias; era Soledad, la doncella del piso segundo.

Ya no me quedaba duda de que para mí era aquella hermosa mujer el ángel malo.

En aquellos momentos, cuando sólo el recuerdo de mi madre, que tal vez estaba ya en un ignorado rincón del cementerio de la aldea, debía ocupar mi pensamiento, volvía á presentármese aquella mujer, que tenía el privilegio de hacer latir violentamente mi corazón, y de alejar de mi imaginación toda idea ajena á ella misma. Con vergüenza confieso que por un instante, al ver clavados en los míos aquellos ojos, me olvidé de mi pobre madre moribunda.

La doncella del piso segundo estaba más pálida, y por consecuencia más hermosa que un año antes, cuando la ví por última vez acompañada de aquel hombre grosero, zafio, gordo,

bajo, una facha en fin, incapaz de inspirar amor á ninguna mujer; pero en su rostro, en su mirada había un no se qué de sombrío y siniestro, que indicaba que aquella mujer había sufrido algo que no podía adivinar.

Cuando me saludó volvió ligeramente la cabeza y ví que llevaba una mano á sus ojos; me pareció que por primera vez sentía aquella mujer el calor de una lágrima.

Hubiera dado mucho por dormirme en aquel momento, y no despertar hasta hallarme á la cabecera del lecho de mi madre; pero la fatalidad lo dispuso de otro modo.

El coche en que habíamos hecho el viaje estaba destrozado, el mayoral muerto, y los caballos más ó menos contusos; era imposible continuar hasta que se proporcionase otro carruaje.

Si no hubiéramos sufrido accidente alguno, en la madrugada del día siguiente hubiera podido hallarme al lado de mi madre; pero ya no había medio de realizar este vivo deseo, por lo menos hasta muchas horas después.

Entramos todos los viajeros en una casa aislada en medio del campo, y habitada por la familia de un guardia civil, y allí esperamos que llegara el carruaje deseado.

Antes que éste llegó otra diligencia, en la que había tres asientos vacíos.—No hay para qué decir que yo reclamé uno, no sólo,—debo confesarlo,—para poder llegar antes á la casa de

mi madre, sino también para huir de la doncella del piso segundo.

Y cuenta que no tuve poco que hacer para dominar mi curiosidad, y no preguntarle á dónde iba, y qué había sido de ella durante tanto tiempo, y qué tristes memorias eran las que daban á sus ojos y á su rostro aquella expresión de tristeza y rencor; pero pensaba que esta curiosidad, como cualquier otro pensamiento que en aquellas horas me distrajera del objeto único y sagrado de mi viaje, era un verdadero agravio hecho á mi madre en los momentos en que iba á perderla, si no la había perdido ya.

Callé, pues, y casi sin atreverme á mirar á la doncella del piso segundo, subí al interior de la diligencia y ocupé mi puesto.

Los demás viajeros se disputaban los asientos vacantes; ¿querrán creer mis lectores que á pesar de todo experimenté una dolorosa sensación cuando ví que la doncella del piso segundo era de los que se quedaban?

El francés tomó asiento á mi lado, y los conductores del carruaje se dispusieron á continuar la marcha.—Ya el francés se había acomodado en el rincón y se disponía á otro *tête á tête* con aquella *Mariette*, de quien tan buenos recuerdos debía tener, cuando se abrió la portezuela, y apareció en el estribo el invisible pie de la doncella del piso segundo.

El francés abrió los ojos, y murmuró: *Mon*

Dieu! quelle femme! y la susodicha se sentó enfrente de mí, y al lado del francés, que renunció de buena gana á dormir, y creo que hasta á recibir en sueños la visita de la adorable Mariette.—A mi lado se hallaba una respetable anciana que, según nos dijo, iba á ver á su hijo, bizarro oficial de carabineros, que algunos días antes había recibido una grave herida combatiendo con una partida de contrabandistas.

Dí á Dios gracias por haberme deparado tan buena compañía; en presencia de aquella anciana, que corría á cuidar de su hijo, que se hallaba en grave peligro, no podía yo olvidarme de mi madre; al lado de aquel ángel de amor y consuelo, tenía necesariamente que ceder la influencia que sobre mí ejercía mi ángel malo, ó sea la doncella del piso segundo.

Sin embargo, mi situación no dejaba de ser grave. ¿Quién es capaz de estar ocho ó diez horas enfrente de una mujer hermosa, mirándola constantemente, y sin decirle una palabra? Si aquella mujer hubiera sido otra, puede que, sin hacerme violencia, hubiese callado como un muerto; pero siendo ella, era inútil hacer propósito de silencio, que no podía cumplir.

De buena gana hubiese cambiado de idioma por algunas horas con el escritor francés, que no entendía una palabra de español. Así, á la primera contestación mía, la doncella del piso segundo se hubiera decidido á no dirigirme otra

vez la palabra, porque era de suponer que el idioma de Racine y de Corneille sería para la susodicha tan perfectamente desconocido como para el escritor francés el de Calderón y Cervantes.

Pero lo que no podía sospechar ni remotamente, es que aquel zurcidor de malas novelas hallaría un recurso óptimo para hablar con la doncella del piso segundo.

Pues no hay más, lector amigo; el francés halló ese recurso, con lo cual me hizo pensar que era discípulo del fecundo Alejandro Dumas (padre), quien seguramente le hubiera comprado la propiedad del tal recurso, para emplearlo en una de sus obras.

El lector es demasiado perspicaz para que yo le haga la injuria de creer que no ha adivinado ya en lo que consistía el recurso del francés; pero por si alguna lectora no se ha fijado bastante en esto, preocupada como estará por cualquiera de las mil cosas que á toda hora preocupan á las mujeres, declararé que el francés creyó que, haciéndome su intérprete, podría sostener agradable y deleitosa conversación con aquella hermosura, que no le parecía seguramente costal de paja.

Yo comprendía medianamente el francés, y él lo sabía, porque en la primera parte de mi viaje le había contestado satisfactoriamente á todas sus preguntas.

Y comenzamos.

El francés:— *Vous etes bien jolie, madame.*

La doncella del piso segundo:

— ¿Qué dice V.?

El francés (á mí):— *Qu'est ce qu'elle dit?*

Yo (á él):— *Elle demande qu'est ce que vous dites?*

El francés:— *Je dis qu'elle est bien jolie, bien jolie, bien jolie.*

Yo (á ella):— Dice que es V. muy linda.

Ella:— Favor que V. me hace.

Yo:— No, yo no, él.

Ella:— Muchas gracias.

El francés:— *Comment?*

Yo (al francés):— *Elle dit que cela non est vrai, que vous le faites grand honneur; elle vous rend graces, et cela est tout.*

Y callamos un momento; pero el francés vol-
vía otra vez á comenzar.

El francés (á ella):— *Vous etes une femme dan-
gereuse.*

La doncella del piso segundo:

— Como si dijeras perro judío.

El francés (á mí):— *Comment?*

Yo (al francés):— *Elle dit qu'elle ne comprend pas.*

El francés:— *Je dis qu'elle est une femme dange-
reuse.*

Yo (á ella):— Dice que es V. una mujer pe-
ligrosa. Puede que tenga razón.

Ella (á mí):— Dígale V. que vaya á divertir-
se con la mona del Retiro.

Yo (á él):—*Elle dit que vous pouvez vous en aller, si vous voulez vous amuser, chercher la... la... mone du Retiro.* (No pude acordarme en aquel momento de cómo se decía mona en francés.)

El francés:—*Merci, madame. Vous etes très aimable.*

No quiero molestar más al lector con los pipos del francés y las respuestas de la doncella del piso segundo; lo que sí le diré es que á las dos horas, el súbdito del imperio,—entonces había imperio en Francia,—estaba tan prendado de la singular belleza de nuestra compañera de viaje, que se manifestaba dispuesto á seguirla hasta el fin del mundo, y hasta á pedir por medio de un parte telegráfico el corazón que había dejado en su país confiado á la famosa *Mariette*, de quien ya queda hecho mérito.

La doncella del piso segundo no parecía, por su parte, muy agradecida á los obsequios y deferencias del francés; pero éste no lo comprendía, ó tenía formado de sí mismo tan buen concepto, que no podía sospechar que una española no se rindiera á un francés.

Y tanto se animó mi hombre, él solo, absolutamente solo, sin que le animáramos yo ni ella, que cuando nos detuvimos para cambiar de tiro y bajamos un momento del carruaje, presentó muy rendido la mano á nuestra compañera, diciéndola:

—*Faites moi l'honneur, salerro!*

Iba á anochecer ya: á las diez de la noche debía detenerse otra vez el coche cerca de la aldea, donde me esperaba mi pobre madre.

Era horrible mi incertidumbre en aquellos momentos.

—¿Hallaré muerta á mi madre? preguntaba á la anciana, madre del oficial herido.

—¿Hallaré muerto á mi hijo? me contestaba ella.

Y ambos nos consolábamos y nos dábamos aliento, y nos estimulábamos á tener confianza en Dios, y á no dudar de su infinita misericordia.

Inspirábame profundo respeto aquella madre que, según ella decía, si encontrara muerto á su hijo, se vería sola y sin recurso de ningún género en un país desconocido, y habría de mendigar para volver á Madrid, donde también tendría que mendigar el sustento, porque una hija que tenía casada con un banquero, estaba completamente olvidada de su madre: su hijo herido era su único apoyo; era el que partía con ella su mezquino sueldo.—¡Y tal vez aquel pobre joven habría muerto ya!

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! exclamaba la anciana, sin proferir una sola queja, sin maldecir al enemigo que había asestado sus armas contra el noble pecho del valiente soldado.

Y yo no sabía aún cual era el término ni el objeto del viaje de la doncella del piso segundo.

Si no hubieran estado allí la anciana y el francés, no habría podido resistir al deseo de satisfacer mi curiosidad; mas el dolor de la angustiada madre, y la analogía de las circunstancias en que nos hallábamos ella y yo, me preocupaban demasiado para vacilar en hacer el sacrificio de mi curiosidad.

Pero al llegar á media hora escasa de la aldea, paró el coche, se me dijo que había llegado al término de mi viaje, y se me indicó el camino de la aldea.

Bajé del carruaje, me despedí de aquella pobre madre, deseando de todo corazón que hallara á su hijo fuera de peligro, é iba á despedirme del francés y de la doncella del piso segundo, cuando ésta me dijo:

—¡Vamos al mismo sitio!

—*Et moi aussi*, añadió el francés, como si en seis horas hubiese aprendido el español.

Era indudable que el francés iba en pos de la doncella del piso segundo; ¿pero en pos de quien iba ésta?...

XI

EN LA ALDEA

Los habitantes de la aldea dormían ya dos horas hacía. ¡Qué grata sensación experimenté al poner el pie en aquellos sitios, donde había visto la primera luz y donde habían corrido tan apacibles y sosegados los risueños días de mis felices primaveras.

Parecía como si después de haberme hallado en un peligro horrible, me encontrara libre de todo temor y en completa seguridad por una imprevista y dichosa circunstancia.

La doncella del piso segundo y el francés seguían mis pasos, sin hablarme ni hablarse una sola palabra.

La primera se detuvo al llegar á una granja, nuevamente construída, y que por lo tanto era desconocida para mí.

—Aquí debe ser, exclamó; se acercó á la entrada de la posesión, cerrada con una verja de tosca madera, y tiró de una cuerda colocada á uno de los lados de la puerta, y que era la de una campana, á cuyo sonido comenzó á ladrar

dentro de la huerta un enorme mastín, que vino hasta la puerta con objeto seguramente de conocer al importuno que á tales horas se atrevía á turbar el sueño de aquellos vecinos.

Involuntariamente me detuve algunos instantes.

Nadie contestó á la doncella del piso segundo, que por fin cesó de llamar, y sentándose en un banco próximo á la entrada de la granja, murmuró:

— Esperaré aquí.

El francés se acercó á ella, y no sé lo que le dijo, ni ella tampoco debía saberlo, porque no se dignó contestarle. Yo hice un esfuerzo, y continúe mi camino, dejando sola á aquella mujer á quien había amado con toda mi alma, á quien amaba todavía.

El francés se vino detrás; ella debió hacerle entender que quería mejor estar sola que mal acompañada, y él obedeció, como se obedece siempre á la mujer á quien deseamos agradar.

¡Qué inexplicable, horrible angustia sentí cuando me hallé enfrente de la casa de mis padres, y no ví ni una ventana abierta, ni una luz que me indicase que se me esperaba. ¿Era acaso que había llegado tarde?... En aquel crítico momento recordé todas mis calaveradas, todos mis errores de joven: me pregunté cómo había podido estar lejos de mi madre ocho años, satisfecho sólo con escribirle una carta ó dos

cada mes, y sin pensar en volver á la aldea hasta que mi madre me llamó desde su lecho de muerte.—El llanto del remordimiento vino á mis ojos, y como si una mano invisible me hubiera empujado, caí de rodillas delante de aquella casa, y fervorosamente elevé al Supremo Hacedor una breve plegaria por mi madre y por mí.—La oración debía purificarme para entrar en la casa del amor y de la virtud.

Después me sentí con fuerzas bastantes, y llamé.

Cuatro minutos, que fueron horas para mí, pasaron, y la puerta se abrió, apareciendo en el dintel una anciana que, reconociéndome, me recibió sollozando en sus brazos.

Era una antigua criada de mis padres, modelo de fidelidad y abnegación.

—¿Y mi madre?

—¡Ay! exclamó, limpiándose los ojos con la punta del delantal; ¡cuánto has tardado en venir! La pobre no hacía más que preguntarme: «¿Vendrá, Lorenza, vendrá?...» Yo procuraba consolarla, diciendo que no era tiempo aún, que había muchas leguas de Madrid aquí; pero ella no se daba por satisfecha, y á todas horas llamaba á su hijo, su hijo, que la olvidaba, que la dejaba morir sola y abandonada.

—¡Miserable de mí! exclamé.

Si tú hubieras venido antes, continuó Lorenza, tu madre estaría buena ya, porque su enfer-

medad, por más que digan los médicos, no era más que una melancolía, una tristeza eterna, por hallarse separada de su hijo.

—¡Ha muerto por mí! dije, apoyándome en la puerta para no caer.

—No, eso no; ni ha muerto, ni Dios quiera que suceda.

—¿Cómo? ¿Es cierto?... ¡Vive aún y no me lo decías!... ¿Dónde, dónde está?

—Poco á poco, repuso Lorenza corriendo tras de mí, que ya me había entrado por el corredor, seguido del francés, á quien había sorprendido mucho aquella escena, y á quien Lorenza dejó entrar suponiendo que me acompañaba.

—¡Por Dios!—añadió la leal anciana—ha dicho el médico que si esta noche puede conciliar el sueño, y duerme algunas horas tranquila, mañana se encontrará fuera de peligro; pero que si no duerme, ó su sueño es trabajoso é inquieto, mañana á estas horas tendremos que encomendarla á Dios. Está durmiendo tranquila, y no es cosa de sorprenderla; mira que yo he oído decir que lo mismo mata la alegría que el dolor.

—Tienes razón, Lorenza, tienes razón; no he de ser yo quien traiga la muerte á mi pobre madre.

Y á todo esto el francés, allí delante de nosotros, mirándonos atentamente, y sin entender una palabra de lo que decíamos.

Yo comprendí que lo que deseaba era que le diéramos hospitalidad por aquella noche, y antes que él me lo indicara, supliqué á Lorenza que dispusiera cena y cama para el huésped; cosas ambas que él aceptó con muy buena voluntad, no sin preguntarme antes qué era lo que sucedía.

Se lo referí brevemente; y después de expresarme con cuánta satisfacción vería el restablecimiento de la salud de mi madre, se recogió, esperando sin duda la visita de *Mariette*, á quien había olvidado en presencia de la desdeñosa doncella del piso segundo.

Varias veces intenté penetrar en la alcoba donde dormía mi madre; pero Lorenza se opuso formalmente.

No podía dominar la impaciencia de que me sentía poseído: mi frente ardía, mi corazón latía violentamente, y experimentaba una agitación, una zozobra, que sólo puede explicarse quien se haya visto en situación análoga á la mía.

Cada seis minutos preguntaba á Lorenza, que estaba á la puerta de la alcoba de mi madre, si ésta dormía tranquila, y cada vez me contestaba ella con mayor satisfacción afirmativamente.

Pero de pronto oímos á lo lejos el ladrido de un perro; Lorenza palideció, y me miró espantada.

—Mal agüero—murmuró—no sin que yo la oyese.



Y el perro siguió aullando sin cesar, hasta que se oyó clara y distintamente una detonación, como producida por un disparo de fusil.

—¡Jesús!—exclamó la anciana—volviéndose á mirar á mi madre, que, según ella me dijo, se estremeció levemente, pero no despertó.

—¡Oh! ¡Ya sé lo que es!...—exclamé—y sin ser dueño de mí mismo, sin pararme á reflexionar, salí de la casa de mi madre, y eché á correr. Ya adivina el lector hacia dónde, hacia la granja, en cuya entrada había quedado la doncella del piso segundo.

La distancia no era corta: la granja estaba situada á la salida del pueblo, y la casa de mi madre en el extremo opuesto.

Cuando llegué no estaba allí la doncella del piso segundo; pero en la entrada de la granja se hallaban algunos trabajadores con luces, en medio de los cuales se destacaba la figura del hombre záfio y mal encarado, á quien, como recordará el lector, ví en Madrid acompañando á aquella pobre mujer.

—¡Este será uno de ellos!—exclamó al verme uno de aquellos hombres.—¡Date, perro! y me apuntó con un trabuco.

—¡Miserable!—exclamé,—y de un salto me arrojé sobre él, haciéndole bajar el trabuco, que se disparó, hiriendo en un pie á uno de aquellos hombres.

—¿Dónde está esa mujer?—añadí.

—¿Qué mujer?—exclamó el hombre á quien tanto odiaba yo por suponerle amante favorecido de Soledad.

—La que hace poco, después de llamar inútilmente á esta puerta, quedó sentada en ese banco, esperando quizás que viniera el día para entrar.

—¡Una mujer!—repitió aquel hombre con una risa estúpida como él.—¡Bueno fuera! Pues, amigo, ladraba el perro, y creí que me rondaban las tapias y queríanme dar un asalto, y disparé un tiro á un bulto que andaba por delante de la puerta.

—¡Es usted un asesino!—le dije,—irritado de la sangre fría de aquel hombre.

—Amigo, si uno no guarda su hacienda...

—¡Miserable! En Madrid le he visto á usted acompañando á esa mujer, á quien acaba de intentar asesinar, y voy sospechando que no sólo es usted capaz de asesinar á quien pasa por delante de sus puertas, sino de cometer todo género de infamias.

El rostro de aquel hombre se puso lívido como el de un muerto. Los que le acompañaban se miraron unos á otros, y ninguno se atrevió á defender á su amo.

Entonces empezaba á amanecer.

Mi cerebro ardía, mi corazón parecía romperse dentro del pecho, y la ira me ahogaba; la presencia del hombre á quien había preferido aquella mujer, evocaba todos mis recuerdos y

mis rencores; al comprender instintivamente que Soledad había sido víctima de aquel miserable, rebosaba en mí el odio, y olvidado de mí mismo y de mi madre, que en aquellos momentos se hallaba entre la vida y la muerte, me hubiera arrojado sobre él para arrancarle el corazón, si no hubiese aparecido, saliendo de entre unos árboles, á la entrada de un bosquecillo que había frente á la granja, mi ángel malo, aquella mujer, que, á tener otra alma, hubiera hecho mi ventura, y que estaba destinada á endurecer mi corazón y matar todas mis ilusiones, y reemplazarlas con la duda y el descreimiento más desconsoladores.

—¡Ella es!—exclamó el hombre.

—Sí, yo soy —dijo con acento suplicante aquella infeliz, tan orgullosa antes, y tan humillada entonces ante el más despreciable de los hombres—yo, que vengo á pedir á usted el cumplimiento de una palabra; yo, que ya no tengo que comer, y vengo á pedir á usted, que es rico, y debe ser generoso.

El hombre separó á sus criados, y acercándose á la doncella del piso segundo, dijo:

—Bien: yo te daré, pero vete ahora.

—Le dará usted una limosna, y la arroja de su casa—añadí yo. Y continué: allí tengo una casa, donde me espera mi madre, que no es rica, pero que es buena y honrada; venga usted, y allí encontrará pan y consuelo.

Y cual otro D. Quijote, tomé la mano de aquella mujer, cuya humillación me mortificaba, y la alejé de aquel sitio.

El hombrecillo antipático y repugnante volvió la espalda y se entró en la granja.

XII

SOLEIDAD

Sin temor de equivocarme, me atrevo á asegurar que lo que más interesa ahora al lector de estas aventuras, es la salud de mi madre.

No le cansaré con la descripción de la escena habida entre mi madre y yo, cuando pude, sin peligro para ella, estrecharla contra mi corazón. Ni una reconvención, ni una queja salieron de los labios de mi madre, de quien yo había podido vivir separado tantos años.

La satisfacción que le causaba mi presencia era tanto más grande, cuanto más grandes habían sido sus amarguras y dolores.

No puede haber crimen mayor que el que comete un hijo ofendiendo á su madre; sin embargo, no hay una sola madre que no esté dispuesta á perdonar siempre á su hijo la ofensa mayor que se puede hacer á una madre; el olvido.

En aquellos momentos juré no volver á separarme de mi madre; pero fuí perjuro después.

Soledad vivía en casa de mi madre, con gran asombro de Lorenza, cuya curiosidad no se en-

contraba muy satisfecha con no saber de aquella mujer otra cosa, sino que yo la había traído á casa, y que ella decía muy frecuentemente que yo tenía un corazón de oro, y que ella era la más desgraciada de las mujeres.

¡La más desgraciada de las mujeres! No tanto; en el mundo hay muchas mujeres más desgraciadas que aquella; á nuestro lado pasan, entre nosotros viven mujeres, cuya vida es una eterna serie de amarguras y remordimientos, de desengaños y humillaciones: mujeres débiles para vengarse de sus verdugos, y fuertes para sufrir una vida de martirio constante. El sufrimiento en la mujer para los dolores del espíritu y del cuerpo, es infinitamente mayor que en el hombre. Es que la fe no abandona tan pronto á la mujer como al hombre. La historia nos ofrece muchos ejemplos de esta verdad.

Soledad había sido abandonada por aquel hombre, único en quien ella se había decidido á poner los ojos, presumiendo que haría de él su marido, y realizaría así su esperanza de casarse con quien fuera de su misma clase y tuviera dinero, el dinero con que, según ella misma, se compra en el mundo todo lo que constituye la felicidad.

Pero ella no había contado con que, si su corazón era mezquino y poco levantados sus pensamientos, el de aquel hombre era aun mucho más mezquino que el suyo.

Ella no le amaba; aquella mujer no podía amar á nadie; pero la seguridad de conseguir su objeto de ser casada y dueña de su casa, la había unido á él como para una empresa mercantil se une un hombre á otro, sin el cual no puede empeñarse en la especulación que proyecta, pero á quien no tiene por lo demás afecto alguno.

Y aquella mujer se había visto burlada y humillada tanto más cruelmente, cuanto que ella consideraba á aquel hombre infinitamente inferior á ella misma.

Si Soledad hubiese nacido en la clase elevada de la sociedad, si hubiera frecuentado el gran mundo, es seguro que habría superado á todas las coquetas célebres que han sido en la tierra; pero había nacido en la obscuridad, hija de pobres y honrados padres, y sin haber recibido más educación que la precisa para ocupar dignamente el puesto de aya de unas señoritas con sus puntas aristocráticas, que la consideraron y distinguieron como á compañera, y no había podido tener otro consejo ni otro guía que su propio instinto, y éste era el de un egoísta monstruoso.

Por eso aquel hombre grosero y záfio se burló de ella; porque por mucho que á ella le interesara el dinero de aquel hombre, le interesaba más á él mismo. El le prometió lo único que podía satisfacer á Soledad; hacerla su mujer y

dueña de su casa y su hacienda; y Soledad creyó verdad en aquel hombre, lo que en otro, en mí, por ejemplo, hubiera creído engaño y fingimiento.

Su egoísmo había sido terriblemente castigado; el miserable huyó de ella apenas conoció llegado el caso de ciertas reclamaciones, que afectarían directamente á su bolsillo, y después de pensar que no era digna de él quien no tenía un capital, ni siquiera igual al suyo, que, gracias á su ancha conciencia y al desarreglo en que vivía el aristócrata á quien había servido de mayordomo en Madrid, creció muy considerablemente en poco tiempo.

Ella, por su parte, había salido de la casa donde era querida y considerada, y gastado sus ahorros, con los que pudo vivir hasta que se decidió á hacer el viaje, con la esperanza de conmover el corazón de aquel hombre, insensible á todo lo que no fuera el aumento de su fortuna.

Tan mezquino, tan miserable era, que no habría dudado en redimir á su víctima, si ésta se le hubiese presentado con una fortuna considerable, aunque esta fortuna hubiera sido precio infame de las acciones más innobles.

Podrá haber quien dude que exista en la tierra hombre tan desprovisto de todo sentimiento noble; pero es tristemente cierto que no es uno solo, que hay muchos como el ex-mayordomo, hombres á quienes la vil pasión del dinero hace

desconocer á sus hermanos, y encerrarse en un egoísmo, cuya terrible fealdad no ven hasta que la muerte viene á sorprenderlos en medio de sus tesoros, y á separarlos de lo único que hallaron bueno y digno de estimación en el mundo.

Pero la Providencia, que no deja impune ningún vicio, hace que la vida de estos hombres sea inquieta, agitada é insegura, mucho más que la del pobre que llama inútilmente á sus puertas, siempre cerradas, ó la del mísero padre, que, con lágrimas de sangre, les suplica, en vano por supuesto, el pan para sus hijos.

Cuando mi madre estuvo fuera de cuidado, le referí todo lo ocurrido, y me decidí á presentarle aquella mujer, que inspiró la más profunda compasión á la buena anciana; mi madre, siempre honrada, siempre buena, no hubiera imaginado nunca que el mundo diese abrigo á hombres capaces de abandonar en medio del camino de la vida á una pobre y débil mujer.

¡Cómo lloré, viendo llorar á mi madre, el día que Soledad, alentada por el amor que mi madre le manifestaba, y quizá por endulzar sus amarguras confiándolas á personas que tan desinteresadamente le prestaban aliento, declaró que en Madrid, y al cuidado de una nodriza, pagada con sus escasos ahorros, había dejado su hijo, un inocente niño, á quien ella debía servir á la vez de padre y madre.

Entonces, lector del alma, procuré apartar

de la mía el amor que me había inspirado aquella desgraciada, y sustituir aquel amor enteramente mundano, con el amor que la sabiduría infinita de Dios y su amor á los hombres nos impuso á todos los nacidos: el amor al prójimo.

Mi madre y yo nos propusimos favorecer, en cuanto nos fuera dable, á aquella madre desgraciada, abandonada, á quien su egoísmo y la maldad de un miserable habían puesto en el camino, donde la que da el primer paso suele dar también el segundo y el tercero, arrastrada por una fuerza mucho más poderosa que su voluntad.

Y es cierto; yo compadezco á las mujeres abandonadas, más que por su presente, por su porvenir.

La mujer que se ve humillada, sola en el mundo, ¿cómo podrá prever dónde acabará? Aunque el lector extrañe que insista demasiado en este punto, vuelvo á repetir que nunca hallaré castigo proporcionado al crimen que comete el hombre miserable que halaga primero á una mujer y se humilla ante ella, para abandonarla y despreciarla después. Insisto también, aunque se quejen algunos, en que me avergüenza vivir donde esos hombres viven considerados por los demás, como si fueran buenos hijos, buenos esposos y buenos padres. Pero basta; ya he dicho que no tengo la pretensión de creer que el mundo

va á ser mejor porque yo le aconseje; al contrario, el progreso es la ley constante de la humanidad, y así como progresamos en el bien, progresamos también en el mal; el contraste será acaso necesario.

XIII

CARTA DE LA COSTURERA.—EXPRESIONES DEL PERRO

«Mi estimado amigo: Aunque no hemos recibido ninguna de usted, me atrevo á escribirle hoy, á riesgo de que esta carta no llegue á su destino, porque acostumbradas á ver á usted todos los días, echamos muy de menos aquellas horas que venía á pasar en el *palacio* de las costureras, y además, porque desde que usted nos abandonó, parece como si un tuerto nos hubiera echado una maldición, ó como si Dios nos quisiera castigar de algún pecado que haya cometido nuestra ignorancia.

»Cinco días hace que no nos dan labor en la tienda, y ya sabe usted que esta desgracia es la mayor que sucedernos puede, porque no teniendo otra renta que nuestro trabajo, si éste nos falta, no está muy segura nuestra existencia.

»Pero me quejo, y ofendo sin duda á Dios, que cuidará de estas pobres huérfanas, y que tal vez para probar nuestra resignación y nuestra fe en su misericordia, nos envía hoy esta

amargura, reservándonos quizá para después, en premio de nuestra constancia, la vida tranquila y sosegada que nos proporciona el trabajo.

»Y Dios no nos abandona, amigo mío; vea usted algunos ejemplos de esta verdad.

»El domingo vino el casero á cobrar, como todas las semanas, y él, que es brusco é intratable con todo el que no le paga, bajo cualquier pretexto que sea, apenas le dije que no teníamos que trabajar, y que no podía pagarle, quiso facilitarme dinero, que yo no quise aceptar, y se marchó diciéndome que no me apenara por esa falta, que ya sabía él que éramos buenas y honradas, y no había olvidado que en ocasiones, cuando alguno de los vecinos se hallaba en la situación en que nos encontramos ahora, habíamos acudido en su ayuda, y pagado el alquiler que se le adeudaba, con una caridad que no era seguramente de la que se usa en el mundo.

»Ayer estábamos ya materialmente sin un cuarto, y á las dos de la tarde aun no nos habíamos desayunado; yo hubiera pasado todo el día sin comer, pero mi pobrecita hermana desfalleció, y aunque ella se guardaba bien de decirme una palabra, conocía yo en su rostro que no se sentía muy satisfecha con ver, como decía mi madre que esté en gloria, la procesión de las ánimas.

»Llena de pesar, abrí el cofre, y busqué algunos, bien pocos, objetos de los que fueron de mi

madre, y había podido conservar en medio de tantas vicisitudes porque hemos pasado. Un medallón de oro con el retrato de nuestra madre, una sortija del mismo metal, conteniendo pelo de aquella pobre mártir, y un pañuelo antiguo, pero de valor, eran los únicos recuerdos que nos quedaban. Salí á llevarlos á una de esas casas llamadas de empeños.

»Con una vergüenza que usted comprenderá, conociendo mi carácter, subí á la casa de empeños, donde me recibió un hombre grosero y brusco, quien me ofreció tres duros por aquellas prendas. ¡Tres duros por el retrato de mi madre!... Me eché á llorar como una niña, y el prestamista empezó á querer consolarme; pero, ¡de qué modo, amigo mío!... ¡Usted lo comprende ya; usted adivina qué clase de consuelo me ofrecería aquel hombre!... ¡Propúsome... vergüenza me da decirlo, propúsome que conservara mis prendas, y me ofreció darme cuanto necesitara á cambio de mi amor!... ¡Mi amor para un miserable como ese!... Hablar de amor á una infeliz que va á desprenderse de los recuerdos de su madre para poder dar de comer á su hermana...

»Avergonzada salí de la casa del prestamista, y volví á la mía sin poder contener el llanto.

»Los vecinos estaban, como siempre, en la puerta y en el patio, y viéndome llorar, todos quisieron saber la causa de mi pesar.

»La conducta del prestamista me había indignado, y esto disculpa, amigo mío, mi imprudencia, que ahora deploro. Tuve la debilidad de referir todo lo que me había sucedido en casa del prestamista, y todos los vecinos comprendieron mi indignación, y dando muestra evidente de sus hidalgos sentimientos, reunieron cuatro duros, que se empeñaron en que tomase como préstamo sin interés.

»Semejante generosidad arrancó á mis ojos dulcísimas lágrimas de gratitud, así como las infames proposiciones del usurero me habían hecho llorar de rabia é indignación.

»¿Cómo podía yo rehusar el préstamo que me hacía con tan buena voluntad aquella gente?... Hubiera sido un desaire, casi una ofensa. Acepté; guardé otra vez las queridas prendas que han sido de mi madre; y gracias á tan oportuno socorro, no nos moriremos de hambre mi hermana y yo, por ahora.

»Dios querrá que, en acabándose este recurso, haya trabajo y podamos devolver á nuestros generosos vecinos la cantidad que reunieron para nosotras.

»Pero tengo una gran pesadumbre, amigo mío. Por mi imprudencia de referir lo que me aconteció en casa del prestamista, ha ocurrido una desgracia.

»Uno de los vecinos, un pobre trabajador, encontró ayer tarde al prestamista en la calle, y le

afeó su proceder conmigo; el prestamista le dijo, sin duda, alguna mala razón, y el vecino, no siendo dueño de sí mismo, le hubo de dar algún golpe; el viejo cayó, y se hirió al caer; reunióse la gente; el agresor pudo escapar; pero reconocido y señalado por alguno de los transeuntes, anoche fué preso por la autoridad.

«Considere usted mi dolor por este suceso, que acaso no habría tenido lugar si yo no hubiera tenido la imprudencia de hablar del prestamista en presencia de mis vecinos. Me dicen que el pobre trabajador tenía ya sus motivos particulares de queja por la conducta del prestamista con él en alguna ocasión; pero no por eso es menor el disgusto que me causa pensar que puedo yo haber sido la causa de la desgracia.

«La mujer del pobre trabajador ha quedado en la más triste situación, mientras su marido esté preso; está criando un niño de otra madre, y ésta precisamente no se halla ahora en Madrid, y le debe ya algún mes de salario.

«Me da mucha pena el estado de la infeliz mujer. ¡Dios quiera que su marido salga pronto de la cárcel, y que yo tenga trabajo para poder ayudar á la pobre esposa, que es más desgraciada que nosotras, porque lleva la desgracia con menos resignación!

«No escribo más; en mi tristeza he hallado algún alivio: la amistad que usted nos profesa me

hace creer que será bien recibida esta carta, si llega á sus manos.

»Hemos rezado por su madre de usted, á quien deseamos la salud que usted le habrá dado con su presencia; porque por la mía sé yo que no hay nada que haga tanto bien á una madre como un abrazo de su hijo.

»El perro está bueno, y partimos con él nuestra modesta comida; ahora está mirándome fijamente; parece como que quiere decirme que envíe á usted expresiones suyas.

»No se olvide usted de nosotras; sabe que le estima de corazón su amiga

CARMEN.»

XIV

QUIÉN ERA EL SEDUCTOR DE SOLEDAD

El seductor de Soledad se llamaba Domingo Puertas; es decir, D. Domingo, porque aunque él era un tío, ya estaba hecho un caballero; era propietario, primer contribuyente y pretendía ser alcalde, ó sea rey absoluto del pueblo próximo á la aldea donde estaba la granja, cuyo pueblo era cabeza de partido y tenía por consiguiente cierta importancia.

D. Domingo había llegado á Madrid muy joven, y empezado su gloriosa carrera en el ínfimo puesto de lacayo de un aristócrata de gran fuste, que gozaba una enorme fortuna, y la empleaba muy mal, por cierto, derrochándola sin tasa ni medida, por el condenado gusto de hacer ostentación de su opulencia y alarde de prodigo y generoso entre amigos poco leales y en ruidosas aventuras galantes, que le daban gran fama en la sociedad de gentes desocupadas y admiradoras del lujo y de la tontería.

En la casa de aquel aristócrata hizo grandes progresos Domingo, y con el tiempo llegó á ser

ayuda de cámara, mayordomo, y, por último, administrador general, teniendo la habilidad de inspirar la mayor confianza á su principal.

Y aconteció que tal maña se dió á tirar por la ventana su fortuna el aristócrata, y con tanto celo administró D. Domingo, que aquél vino á quedarse por puertas, y éste se encontró dueño de un bonito capital, representado por los bienes que le quedaban á su amo: por una combinación de que no habla ningún tratado de matemáticas, puede decirse que el administrador compró las fincas del amo con el mismo dinero de éste, haciendo un negocio redondo. El tronado aristócrata no se explicaba semejante prodigio, no acertaba á comprender cómo un hombre podía hacer aquello sin tocar en la cárcel; pero hubo de convencerse ante la realidad, y en vista de una verdadera red de firmas, pagarés, endosos, escrituras, recibos, contrarecibos y otros documentos que el administrador exhibió en prueba de que aquel era un negocio limpio.

Y no podía, en efecto, ser más limpio. Candelas, el Barbudo, los Niños de Écija y demás maestros en el arte de la rapiña, no lo hubieran sabido hacer con igual limpieza.

Tan limpio fué el negocio, que los tribunales entendieron en el asunto, y D. Domingo salió con su frente muy erguida, y la demanda del aristócrata se desestimó como mal fundada, y fué condenado, y con costas, que era lo peor

que le podía suceder, porque estaba el hombre sin una peseta.

Triunfante salió de la corte, hecho un caballero, el que entró en ella para ser el más humilde é indigno lacayo, y se dirigió á su pueblo, y adquirió la granja donde le hemos visto; en Madrid dejó al aristócrata reducido á vivir de la amistad de otros de su clase más cuerdos, y á Soledad, madre de un inocente niño, humillada, burlada y cruelmente castigada en su orgullo y en su egoísmo.

D. Domingo tenía más altas ideas; aunque Soledad era casi una señorita, no era bastante para él; quería D. Domingo casarse con una señora, con una señora de la aristocracia, si era posible; tenía el hombre afición á la aristocracia, y así rendía una especie de tributo de gratitud al gran señor que, haciéndole su lacayo, le había puesto en camino de adquirir una holgada é independiente posición.

Una semana después de llegar á la aldea, creyéndome ya curado de mi amor á Soledad, quise intentar algo en su favor, y me fuí á ver á D. Domingo, que me recibió con fingida complacencia, confirmándome en la opinión de que era un gran hipócrita y un gran cobarde.

— Vengo, le dije, á hablar á V. de Soledad.

— Pues diga V. lo que quiera.

— Creo que V. tendrá conciencia.

— Sí, señor, mucha.

- Me alegre.
- ¿Por qué?
- Porque entonces cumplirá V. como hombre de bien con esa mujer.
- Esa mujer no ha debido venir á buscarme.
- Considere V. que es madre...
- ¿Y qué?...
- Y que V. es padre.
- ¡Hombre! Mire V., joven, yo no sé qué motivo tiene V. para hacerse abogado de esa mujer.
- El de que me interesa su infortunio.
- Pues cácese V. con ella.
- Tiene V. un cinismo que espanta.
- ¿Cinismo?... No sé lo que es.
- Ni tampoco lo que es vergüenza.
- Joven, repórtese V.
- ¿Qué va á ser de esa pobre mujer?...
- Eso es lo que yo no sé. Si quiere dinero para volverse á Madrid, se lo daré, aunque no tengo ninguna obligación; pero nada más.
- ¿Tan mezquinos sentimientos tiene V., que cree que con dinero?...
- Con dinero se vuelve á Madrid, sí, señor; es lo mejor que puede tener para hacer el viaje.
- Parece que se burla V.
- No me burlo, joven, no me burlo.
- Aunque es V. quien es, estoy resuelto á batirme con V., si no cumple V. con esa mujer.
- ¡Batirse! Pues bátase V. solo, porque yo no me bato con nadie.

— Uno de nosotros dos está de más en el mundo.

— Eso le parecerá á V.; yo no lo había reparado. ¿Sabe V. lo que creo?

— ¿Qué?...

— Que á V. le gusta un poco Soledad. Mire V., á mí no me importa eso. En lugar de venir aquí á pegarla conmigo... podía V. casarse con ella, y en paz.

Le hubiera pegado un palo á aquel hombre; pero estaba en su casa, y además era verdaderamente ridículo que yo discutiera con él, que, á lo bruto, se reía grandemente de mí.

Me pareció conveniente tomar otro tono.

— Mire V., le dije; mi madre y yo nos interesamos mucho por Soledad; la pobre ¿qué hará ahora?... ¿qué porvenir es el suyo?... Para V. es una mujer excelente; joven, hermosa, modesta, que será buena esposa y buena madre.

— Sí, señor, sí; no digo que no; cátese V. con ella.

Aquel hombre parecía como que estaba buscando modo de que yo le soltase una bofetada.

— No hablemos en broma, D. Domingo, añadí.

— No, si no hablo en broma, repuso. A V. le gusta Soledad más que á mí; lo natural es que se case V. con ella.

Había que ahogarle ó dejarle, y esto último fué lo que hice. Volví la espalda y salí de la posesión, convencido de que aquel gallego tan bru-

to era un bribón de esos que jamás caen bajo la acción de la justicia humana.

Volví á casa de mi madre, y referí mi entrevista á Soledad.

— No esperaba otra cosa, dijo: ya le conozco.

— Es un hombre de corcho.

— ¡ Un miserable !

Tres días después de mi entrevista con don Domingo, éste se marchó de la granja, dirigiéndose á Madrid, según dijeron sus criados.

Soledad se cansó pronto de la vida tranquila y apacible del campo, y nos manifestó á mi madre y á mí su deseo de volver á Madrid, donde esperaba hallar medio de procurarse honradamente el sustento.

Mi madre lloró mucho, porque amaba verdaderamente á aquella desgraciada mujer, y porque temía, en su noble instinto de mujer honrada, que en la corte no encontraría Soledad más que medios de hacer eterna é irremediable su desventura.

Yo me cansé también de la aldea; y mi madre que lo conoció, para darme una prueba más de su abnegación, ella misma me aconsejó que tornara á Madrid, puesto que ya había desaparecido la causa que me condujo á su lado. Y para decidirme mejor, mi pobre madre me prometía que cuando terminada mi carrera, me estableciera definitivamente en la corte, ella vendría á pasar conmigo el resto de su vida. El francés

fué nuestro huésped tres ó cuatro días; luego quiso visitar toda aquella provincia, y por ella anduvo hasta el día anterior al de mi partida, que volvió á la aldea, no sé si á despedirse de mí y de mi madre, ó con el deseo de volver á ver á Soledad.

Lo cierto fué que cuando supo que Soledad había vuelto á Madrid, y que yo me volvía también, varió de rumbo, y á Madrid se vino conmigo.

En el camino me hizo muchas preguntas acerca de aquella hermosura; pero yo me guardé bien de referirle lo cierto.

XV

EL HOSPITAL

Mi primer cuidado al llegar á Madrid fué informarme de la situación de las costureras, mis amigas, que no me habían escrito en todo el tiempo más carta que la que he copiado, y del perro, mi amigo, que, como sabe el lector, quedó al cuidado de aquellos dos ángeles durante mi ausencia.

Las costureras no vivían ya en la casa donde las dejé.

La falta de trabajo había sido para ellas mucho más grave de lo que hubiera podido creerse; dos meses seguidos sin trabajar habían reducido á la indigencia á aquellas pobres criaturas. Y como un mal no viene nunca solo, la hermana menor, más débil que la mayor, y más intransigente con la escasez y la miseria, había sufrido una alteración tan notable en su salud, que Carmen se vió en la dolorosa necesidad de conducir á la pobre niña al hospital.

Cuando llegué, hacía dos semanas que las pobres costureras habían abandonado su casa;

el dueño de ésta, compadecido de su infortunio, les reservaba, para cuando se lograra la curación de la niña, la mezquina habitación que hasta entonces habían ocupado.

Después de recibir estas tristes noticias que me dieron las vecinas de mis desgraciadas amigas, corrí al hospital, y no sin gran trabajo, y sin subir y bajar muchas escaleras, y preguntar á no pocos empleados en el establecimiento, llegué hasta una sala larga y estrecha como la vida de un holgazán pobre, en la que habría cien camas ocupadas cada una por una mujer enferma. Pregunté por las dos hermanas, y una vieja que, á pesar de hallarse, como quien dice, á las puertas de la muerte, no había perdido la afición á hablar, exclamó:

—El número 50, caballero. Y continuó: aunque sea mal preguntado: ¿es V. de la Junta?

—¿De qué Junta? contesté yo.

—Digo si viene V. á dar limosnas, porque en ese caso, mire V., yo, aunque me esté mal el decirlo, la merezco más que nadie; porque, ya ve usted, llevo en esta cama cuarenta días, y aún no he podido tomar un caldo de los que aquí se dan. Porque mire V., señor, tiene un saborcillo, que vamos, yo no lo puedo tragar...

Aquella enferma, no sólo no agradecía el favor que se le dispensaba en la santa casa, sino que procuraba hacer todo el daño posible á los mismos que la cuidaban.

—Diga V. que es mentira, exclamó otra enferma colocada enfrente de la vieja; lo que hay es que la *señoa* Blasa quiere *bollevías*, y está á rabiar con la junta porque no le dan vino... Como que estaba acostumbrada antes de venir aquí á andar siempre haciendo eses por las calles, que raro era el día que no volvía á su casa de *bracero* con un *cevil*; por eso ahora se la llevan todos los demonios, porque aquí no hay más que agua clara.

—*¡Miste la bocona!* repuso la vieja sacando de entre las sábanas un látigo, que parecía un brazo, pues *miá* que tú le haces ascos... pero, es claro, como tienes esa labia, y eres conocida de un *platicante*, sacas aquí el cuerpo de mal año, y las demás, aunque se mueran de necesidad, maldito si te importa... Así estás aquí hace dos meses con el achaque del tumor. *¡Dichoso tumor!* Como si no supiéramos que estás aquí porque no tienes otra casa, y porque te tratan á cuerpo de reina... Y es claro, con el *aquel* de que es conocida del *platicante*... *¡pues!*

Y empezó á cantar con una voz siniestra, que daba frío oirla:

Me dice un *platicante*
de *cerugía*,
que soy para sus males
la *melecina*.

—*¡Calle la bruja!* exclamó otra enferma, ya convaleciente, que al lado de una cama inme-

diata á la suya velaba el intranquilo sueño de una pobre ciega, á quien aquella misma mañana se le habían administrado los Sacramentos.

—Sí, añadió la vieja, no sea que venga el *platicante*. Anda, anda, que esa aunque se despierte ahora, tiempo tiene de dormir en el otro mundo.

Me estremeció oír aquel sacrilegio en boca de una mujer que se hallaba al borde de la tumba.

—Más valía que rezara V. por su alma un Padrenuestro, dije á aquella mujer, que tenía toda la forma, y creo que también el fondo, de una Celestina endemoniada.

—Tiene V. razón, señor, contestó; pero como siempre me andan buscando la lengua, ya ve V., una ¿qué ha de hacer?... A quien se hace de miel, las moscas se lo comen... La han tomado conmigo, y ya ve V., lo que es conmigo... ¡quíá! porque, aunque vieja y acartonada, si la cojo á una por el rodete, la dejo más calva que la ocasión... ¡Pues!... porque á mí..., no ha nacido aún la que ha de ponerme la ceniza en la frente, porque, bendito sea Dios, tengo yo una lengua, Él me la conserve, que ni en la fonda del Caballo Blanco la hay más sana, y unas manos, que no me las lavo hasta la noche, por si de día me las ensucio en la cara de alguna desollada... Y *miste*, lo que es por buenas, se hace de mí lo que se quiera, pero por la mala no hay quien pueda conmigo... Y si no que lo digan en *Maraviyas* y en la plazuela de *San Alifonso*, que ya saben allí

quien es la *señora* Blasa, y una vez con una pesa en esta mano, hice correr á seis hombres y al *celaor*, y hasta la autoridad me tenía así como un poco de *canguelo*, porque le vuelvo la cara del revés aunque sea á un *menistro*... Porque, como dice el refrán, genio y figura, hasta la sepultura... Dios me ha hecho así, y eso va en naturalezas... y lo que es yo, no sufro ancas de nadie.

No quise oír más á aquella amazona jubilada, convencido, por lo que dijo, de que era un milagro de Dios que acabase tranquilamente sus días en un asilo de beneficencia, y no en galeras.

Llegué al núm. 50.—Ni Carmen ni su hermana me habían visto: ésta dormía en el lecho; aquélla, sentada á la cabecera, apoyaba su cabeza en la almohada.

—Carmen, dije, tomando la mano de mi pobre amiga.

La infeliz levantó la cabeza, y en sus ojos, abrasados por el llanto, leí la satisfacción que le causaba mi llegada, la esperanza que le infundía mi presencia.

No acertaba á hablar la pobrecilla; dos ó tres veces intentó hacerlo, y el llanto se lo impidió.

—Vamos, hija, le dije, valor y confianza en la misericordia divina.

—¡Ah! sí, señor, me contestó; yo tengo valor; pero mis sufrimientos son mucho más fuertes que mi valor, amigo mío... ¡Mi hermana va á

morir! ¡La única compañera, la única familia que yo tenía!...

—No diga V. eso, hija; su hermana de V. vivirá, y ambas volverán ustedes á disfrutar de la calma y el bien que merecen sus virtudes.

—¿Y su madre de V.? me preguntó.

—Las oraciones de un alma como la de V. tan pura, habían de ser bien acogidas en el cielo, y mi madre se ha salvado.

—¡Oh! ¡Dios la bendiga! No sabe V. cuánto me he acordado de ella y de V., estas noches que llevo pasadas aquí donde V. me ve, cuidando á mi pobre hermana. El estará lo mismo que yo, decía, tal vez él es más desgraciado que yo, porque tal vez habrá perdido ya á su madre... Y luego, cuando empezaba á venir el día, poníame de rodillas delante de la virgen del Carmen que ve V. en aquel altar, y rezaba por su madre de V. y por mi hermana.

Pero he devorado horas crueles: sólo la fe que tengo en Dios, y el amor á esta pobre niña, han podido sostener mi espíritu.

Ahora ya me siento más fuerte: está V. en Madrid otra vez, y bien sé yo que V. es nuestro amigo verdadero.

—Sí, Carmen, sí lo soy; y á fin de convencerme de que V. lo cree así, me permitirá que hoy mismo dé los pasos necesarios para que su hermana de V. salga de esta casa.

—¡Ah! ¡no señor! Aquí la cuidamos mucho

mejor que la cuidaría yo en la nuestra: todos nos quieren y nos compadecen en esta santa casa; todos se interesan por la salud de mi pobre hermana, y sería una ingratitud demostrarles que no apreciamos los favores que nos hacen. Cuando vine á traerla, temiendo que en mi casa se me iba á morir abandonada, no querían permitirme que me quedara á cuidarla, porque á nadie se le permite; pero tanto supliqué, tanto lloré, que todos los empleados, las hermanas de la Caridad, las enfermas, todos, en fin, se pusieron de mi parte, logrando con esto que se me autorizara á vivir aquí, mientras mi hermana tuviera necesidad de los auxilios de la medicina. Y ¡qué bien me han hecho con permitirme vivir aquí, amigo mío! Yo no tenía ya recursos de ningún género, y si me hubieran separado de esta pobrecita, ella hubiera muerto aquí de desesperación, al verse lejos de mí, y yo de dolor y de hambre á la puerta del hospital. Ya ve usted si tengo razón cuando digo que Dios no nos abandona, que en nuestras mayores tribulaciones nos prodiga consuelos que den aliento á nuestro espíritu, y arraiguen más y más en nuestra alma la fe, que tanto aprecia Él en sus criaturas.

Acababa de hablar Carmen, cuando llegó el médico de aquella sala, y después de examinar el rostro de la enferma dormida, dijo con visible satisfacción.

—Vamos, Carmen, no se aflija V.; hoy está mucho mejor que ayer, y es probable que mañana esté mucho mejor que hoy.

—Dios le pague á V., señor, el bien que me hace, contestó la costurera. ¿Con qué pagaré á V. la vida que da á mi hermana?

—Nada me debe V. á mí, hija mía, añadió el médico; la ciencia de los hombres es por demás mezquina, comparada con la naturaleza y con la voluntad de Dios.

Y se alejó del núm. 50 para acercarse al lecho de la ciega sacramentada, que acababa de despertar para despedirse del mundo.

Pocos momentos después todas las enfermas rezaban un Padrenuestro, y dos mozos sacaban de la sala un cadáver, cuidadosamente envuelto en una sábana por las hermanas de la Caridad.

Carmen cayó de rodillas cuando vió pasar el cadáver: yo la imité.

La vieja deslenguada, la heroína de Maravillas y de la plazuela de *San Alifonso*, no volvió á hablar una palabra en todo el día.

La candorosa niña enferma se regocijó en extremo cuando, al despertar, me vió al lado de su lecho, procurando consolar á su hermana, y dispuesto á facilitarle cuantos auxilios necesitaba la pobre después de una enfermedad, vencida por la naturaleza de la paciente, la ciencia del médico y los exquisitos cuidados de Carmen.

Esta pudo dormir algunas horas, mientras yo ocupaba su puesto cerca de la enferma, cosa que me agradaba en extremo, porque la niña se divertía en referirme todo lo ocurrido en su casa durante mi ausencia, y en ponderarme lo mucho que se había acordado de mí su hermana, quien en todas sus tribulaciones invocaba mi nombre.

No pude contener las lágrimas cuando la pobre niña, con esa sencillez propia de la inocencia, me refería cómo en sus días de mayor abandono, en los días que pasaban abrazadas una á otra, devorada ella por la fiebre, y Carmen desfallecida de hambre y cansancio, no olvidaban rezar por la salud de mi madre, para lo que les daba aliento la esperanza de que yo volvería pronto á su lado, y les traería consuelo para todas sus amarguras.

Llegó, por fin, el día en que la enferma debía salir del hospital completamente curada; esta era una gran satisfacción para las dos hermanas; pero no dejaba de preocuparlas cómo habían de vivir desde el día siguiente, careciendo de todo recurso, en tanto que encontrasen trabajo.

Era que no imaginaban siquiera que yo debía ayudarlas; su corazón era tan noble, su modestia tan excesiva, y tanta su delicadeza, que no sospechaban que era un deber de la amistad que á ellas me unía contribuir con todas mis

fuerzas á hacer más llevadera la crisis porque pasaban.

Llegada la hora de la salida, el médico de la sala de Nuestra Señora del Carmen, donde había estado la enferma, el capellán, los practicantes, las enfermeras, las beatas, las enfermas, las despidieron con notables demostraciones de afectuoso interés, y hubo alguna de las últimas que les suplicó *Salves y Ave-Marías* para que Dios le devolviese la salud, con la esperanza de que las oraciones de dos almas tan puras habían de ser necesariamente bien acogidas por el Todopoderoso.

Profundamente conmovió á Carmen la despedida, y es seguro que aquellos momentos la recompensaron con exceso de las horas de agonía y desaliento que pocos días antes había pasado en la santa casa.

Y digan lo que quieran los que presumen que no tiene premio digno ni ostentible recompensa la virtud sencilla, modesta é ignorada.

Esperábanos á la puerta del hospital un coche, que en un cuarto de hora nos condujo al otro extremo de Madrid, á la calle donde habían vivido las costureras, y cuya habitación, como ya he dicho, les conservaba el casero, en un exceso de galantería, no muy común entre la gente de su clase. Allí nos esperaba otra ovación, que, no por improvisada, dejó de ser solemne y entusiasta.

XVI

REGOCIJO DE LOS VECINOS Y DEL PERRO

Cuando el coche entró en la callejuela no hubo balcón ni ventana en que no apareciera una vecina ó un vecino, asombrados de ver penetrar aquella mole en una calle donde sólo había puesto las ruedas alguno que otro carro de la municipalidad, y deseosos de admirar un vehículo casi aristócrata, aunque alquilado, y de apreciar los progresos hechos por el buen gusto, la comodidad y el lujo.

La curiosidad de aquellos vecinos llegó á su colmo, como se dice ahora, cuando el cochero detuvo los jamelgos delante de la puerta de la casa que ya conoce el lector, y todos se echaron á la calle apenas vieron bajar del carruaje á Carmen y á su hermana, seguidas de un caballero de levita y sombrero, verdadera ave fénix en aquel barrio clásico de la chaquetita corta, la faja de seda y la gorrita puesta con picardía.

Y en torno del coche reunióse multitud de chiquillos, todos los de la vecindad, grandemente regocijados con ver las levitas crecederas del cochero y del lacayo, y los sombreros inmensos

que los cubrían, asemejándolos á un par de enormes botellas de cerveza con tapón; y es probable que si yo no hubiera tenido la buena idea de despedirles, los dos descendientes del libertador de España se hubieran visto en grande aprieto para contestar á los comentarios á que daba lugar su presencia entre aquella gente, y quizás también en la dolorosa alternativa de sufrir una descarga de piedras y silbidos, ó de tener que defenderse con el látigo, agravando de esta manera su situación, y produciendo tal vez una conflagración, de la que habría resultado un conflicto entre la aristocracia del dinero, representada por el coche y los cocheros, y el pueblo soberano, representado por crecido número de pelones y pillastres, futuros inquilinos, no pocos de ellos, de la cárcel de Villa, y de los colegios del Peñón, Melilla y otros sitios de recreo.

Cuando entramos en el patio, llorando ellas, y conmovido yo, una mujer que se hallaba en el corredor del piso principal dió instantáneamente aviso de la fausta llegada de las antiguas vecinas, y todas las puertas se abrieron, y en un momento se vió favorecido el patio por los inquilinos todos de aquella corte de los milagros, que rodearon á mis amigas, abrazándolas cariñosamente las mujeres, y felicitándolas los hombres con poco atildadas frases, pero con intención noble y sincera.

—¡Bendito sea Dios! exclamó la mujer del preso, de quien me hablaba Carmen en su carta.—¡Bendito sea Dios, que siempre oye las oraciones del pobre!—Desde el día que fué la niña al hospital, tengo encendido siempre un cabo delante de la Virgen del Carmen, y pedía todos los días por ella y por mi marido que estaba en la cárcel por una mala voluntad, no porque él lo mereciese, que hasta ahora, bendito sea el Señor, no hay quien pueda decir de mi marido tanto así... Y vean ustedes, hoy ha salido en libertad mi Juan, y esta niña del hospital.

—Y ¡qué malita fué!... añadió otra: el día que la llevaron me tragué que no la volvíamos á ver, porque iba, vamos, que daba lástima verla... Y luego, ya se sabe, cuando una va al hospital, no tiene que decir de qué mal ha muerto, porque ir allí es lo mismo que cuando van las vacas, aunque sea mala comparación, al matadero.

—Perdone V., señora,—se apresuró á decir Carmen,—allí ha recobrado la vida mi hermana, y de todas las enfermas que he visto mientras hemos estado en aquella santa casa, sólo han muerto las que no tenían otro remedio, las que tenían señalado su término por la mano de la Providencia.—Allí hay caridad y amor para todos, á pesar de que las gentes á quienes se dispensan esos consuelos los pagan con notable ingratitude.

Y esto es cierto; entre las gentes del pueblo

es opinión generalizada que en los hospitales no halla el enfermo el cuidado que requiere su situación y la caridad que Dios manda: sin embargo, este es un error, por no decir una calumnia. Yo no he necesitado, á Dios gracias, la hospitalidad que allí encuentra todo enfermo desvalido, pero he visto que la caridad y el amor son en esos asilos dos consoladoras verdades, y he presenciado notables ejemplos de abnegación y de amor al prójimo. Generalmente, las personas más abandonadas, á quienes por su bien se conduce al hospital, oponen una resistencia que no se explica sino por la falsa apreciación que se hace del servicio de los hospitales, que, si en España no es aun enteramente perfecto, ha llegado, merced al celo de las personas que intervienen en este ramo de la beneficencia pública, á mejorar muy notablemente, en beneficio de la humanidad pobre y doliente, que es una gran parte de la humanidad.

Diez minutos haría que nos hallábamnos en el patio, donde Carmen recibía las sinceras felicitaciones de aquella gente, y su hermana refería á su manera todas las fases diversas de su enfermedad y los detalles de todo lo que había visto en la sala del hospital, con el número de las enfermas, los dichos y cantares de algunas de ellas, la ceremonia solemne del Viático, y la cifra de las fallecidas, cuando sonó en mi alma el eco de un aullido prolongado y triste de un perro

y luego ladridos continuos, como si el animal se hallara encerrado, y no llevara á bien su autonomía la falta de libertad.

—¡Ay, el perro! exclamó la hermana de Carmen.

—¡Ya las ha olido á ustedes! exclamó la honrada mujer de un tambor mayor, la cual, por su estatura y sus bigotes, pudiera ser tan tambor mayor como su marido.

—¡Es César! dije yo.

—¡Sí, César, repuso Carmen,—cuando fuimos al hospital, lo dejé al cuidado de esta señora...

—Y está que da gloria el verlo, añadió *esta señora*,—porque yo, ¡válgame Dios! quiero tanto á los animales... lo mismo que mi marido, que de la boca nos lo quitábamos para dárselo á él.

—Muchas gracias, señora, me apresuré á decir.

—¡Ah! ¿es de V. el perro?...—Pues mire usted, ya puede V. decir que le quiere á V. el animal... Si viera V., hemos tenido que estar con cien ojos para que no se nos escapara, y por la noche, aullando y ladrando no nos dejaba dormir... Y eso que mi marido le amenazaba, sin pegarle, por supuesto, con el bastón de tambor mayor,—pero, sí, sí, lo que es él, se conoce que no teme ni debe, y que está más consentido...

Y el perro seguía aullando.

—Voy, voy á abrirle, añadió la mujer del jefe de la banda.

Y poco después apareció el perro, que como una exhalación vino á nosotros, demostrándonos su regocijo y satisfacción de la mejor manera que su instinto le dió á entender; es decir, dando mil saltos, ladrando alegremente y lamiéndome las manos.

XVII

ESCENA CONYUGAL

El perro estaba efectivamente muy lucido; se conocía que el tambor mayor y su apreciable consorte se habían dedicado con laudable celo al cuidado del animal, alentados sin duda por la esperanza de que su dueño no sería ingrato; así se lo había asegurado Carmen al entregárselo, conociendo que en este mundo, generalmente, no hay quien haga un favor si no espera la recompensa, y cuanto mayor es ésta, tanto mayores son el celo y la exactitud con que se sirve á quien paga, aunque hay excepciones.

Puse, pues, media onza en la mano de la patrona del perro, y la recibió de muy mala gana, según las protestas que me hizo, á tiempo que se la guardaba, de que ella por el interés nada había hecho, y encargó á todos los circunstantes que nada dijeran del donativo á su esposo, porque éste había dado en la manía de no querer que ella tuviera ni un cuarto para mandar rezar á un ciego, y todo su afán era registrar los baules, por si encontraba algo, y largarse con

ello á beber, único vicio que tenía el apuesto tambor mayor, pero con el cual no le bastaba ningún dinero, porque eso sí, á su lado no había nadie pobre más que su mujer, y por un amigo era capaz de quedarse sin camisa, si ese mismo vicio no le hubiera dejado sin ella largo tiempo hacía.

Así es que ella, apenas ganaba unas pesetas, yendo á asistir á esta casa, ó á fregar los suelos á aquella otra, tenía buen cuidado de esconderlas debajo de siete estados de tierra, y aun así, el maldito parecía como que las olía, y la noche que se le ponía entre ceja y ceja que había dinero en casa, ya podía la pobre esposa encomendarse á todos los santos del cielo para que interpusieran su influencia con su compañero San Benito de Palermo, y éste desarmara el brazo de aquel hombre, que como no hacía otro ejercicio que moverlo continuamente marcando el compás á la cabeza del batallón, lo tenía de tal manera suelto y ágil, que en comenzando á hacer el molinete con el bastón, al pobre á quien cogía por delante me le abría la cabeza con mucha gracia en menos tiempo que el que emplea para decir «¡ay!» el prójimo que pone el pie encima de un ojo de gallo ajeno;—que siempre como habrá observado el lector en estos casos, se queja antes el agresor que la víctima.

—Si me ve la media onza mi marido, decía, tendremos toros y cañas, y yo no quiero que me

la vea, porque, mire usted, con esto ya tengo para desempeñarme unos pendientes que llevé el otro día para poder comer, porque si no fuera por mí, hay días que no nos desayunaríamos, porque lo que es con mi esposo, no hay que contar... como él tiene mal que bien su rancho en el cuartel... aunque yo me haga una cruz en la barriga, no le da pena, y por más que le digo que no tiene vergüenza, y le pongo, que no sé cómo me sufre, él ni se pica ni se corre, y mientras me desespero y me desahogo llenándole de insolencias, se está redoblando con los dedos sobre la mesa, ó poniendo borlitas al bastón, que no tiene más Dios ni más Santa María que el bastón, hasta que coge la puerta, y ahí te quedas mundo amargo; se larga á la taberna, ó á la instrucción, hasta las tantas, que vuelve haciendo cortesías y más bebido que el vino.

Y después de este episodio, las dos hermanas, el perro y yo nos entramos en la sombría habitación, donde ya nos ha visto el lector, y las vecinas se quedaron en el patio haciendo sus comentarios y mirando todas á la mano de la dueña de la media onza, por efecto de ese poderoso atractivo que tiene el dinero, cuya vista ó cuyo sonido nos preocupa siempre á los humanos, que aun no hemos conseguido hacer completamente inútil el vil metal, hallando medio mejor y ménos costoso de lograr la satisfacción de nuestras necesidades.